

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *No os toca a vosotros conocer los tiempos.*

Salmo (46, 2-3.6-7.8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Marcos 16, 15-20): *Ellos se fueron a predicar por todas partes.*

Vivimos una época de crisis. No sólo económica, sino también social, política, moral y ética, de la que casi todo el mundo es consciente y muchos, ya no pueden más. Los partidos políticos están puestos en cuestión, la corrupción socava la confianza en las instituciones, la desigualdad entre ricos y pobres es cada día más escandalosa. Al mismo tiempo, deseamos y procuramos vivir lo mejor posible, cómodos, seducidos por los valores culturales del sistema.

¿Es nueva esta situación o ha sucedido otras veces a lo largo de la historia?

En la primera comunidad de seguidores de Jesús, todos se sentían unidos no solo por unos ritos comunes, sino por un estilo común de vida. La carta a los cristianos de Éfeso nos dice: «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo».

Los cristianos eran admirados porque estaban abiertos a todos. Su disponibilidad para prestar ayuda a quien la necesitase llamaba la atención. No hacían distinciones. Todo el mundo encontraba acogida. Nadie era censurado. En la comunidad cada cual se encontraba como en su propia casa. En la comunidad había calor humano, alguien se interesaba por uno. «Esta fue una causa importante, quizás la más importante de todas, de la difusión del cristianismo».

En la primera lectura, hemos escuchado cómo Jesús, antes de ascender al cielo y movido por el Espíritu Santo, dio las últimas instrucciones a sus apóstoles. Les anuncia que serán bautizados por el Espíritu Santo. Solamente con su presencia y su fuerza los apóstoles serán capaces de dar testimonio de Jesús Resucitado.

Jesús es consciente de que sus apóstoles no podrán continuar con su misión si no reciben su fuerza, la fuerza del Espíritu que alentó su vida al servicio del Reino. Sabe que solo el Espíritu Santo les hará comprender el misterio de su vida y les dará la fuerza para ser sus testigos *«hasta los confines del mundo»*. Es por eso que les dice: *«no os alejéis de Jerusalén»*, que es como decirles: «no vayáis por vuestra cuenta, no contéis solo con vuestras fuerzas».

Tenemos que dejarnos conducir por el Espíritu. No pocas veces esta verdad, tan fundamental para el cristiano, la olvidamos en la práctica. Se nos olvida cuando creemos que nuestra vida cristiana solo depende de nosotros mismos y cuando la misión de anunciar a Jesús es exclusivamente obra de nuestras manos. Se nos olvida cuando nos erigimos en el centro de la comunidad eclesial y no escuchamos y acogemos el Espíritu de Jesús.

Solo podemos dar testimonio del Resucitado si permitimos que el Espíritu de Jesús Resucitado nos hable en lo más íntimo de nosotros mismos, nos hable de nuestra comunidad cristiana y nos hable de la vida, especialmente desde la vida de los pobres. Los cristianos, si no vivimos en el Espíritu de Jesús, nos sucede como a la sal que pierde el sabor. Hay que tirarla porque ya no sirve.

En el evangelio escuchamos una segunda instrucción: *«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación»*. El libro de los Hechos lo expresa con palabras semejantes: *«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo»*. La ascensión de Jesús, lejos de ser el final, se convierte para sus seguidores en la llamada para una misión. La misión de anunciar la Buena Noticia del Evangelio.

La ascensión no es una invitación a que nos quedemos mirando al cielo con los brazos cruzados. Al contrario, ahora lo que toca es continuar con la misión de Jesús. Una misión que consiste en *“pasar haciendo el bien, sanando las heridas de los que sufren”*. Cuando pasamos por la vida haciendo el bien, su Espíritu está con nosotros.

¿Nos quedaremos mirando al cielo o acogemos el mandato de Jesús de anunciar las buenas noticias de Dios, que pasa por la vida haciendo el bien?

¿Nos quedaremos de brazos cruzados o trabajaremos al servicio del Reino, al servicio de la justicia y de la caridad, con nuestros hermanos que sufren?